

Preceptos para una vida no fascista en clave latinoamericana y peronista (nodaléctica)

Por Roque Farrán

Cuando leo esa suerte de decálogo para el militante que es “Una introducción a la Vida no-Fascista”, escrito por Foucault como prefacio al Anti-Edipo de Deleuze-Guattari, no puedo dejar de pensar que habría que rectificarlo en algunos puntos cruciales, al menos luego de las experiencias políticas atravesadas en Latinoamérica desde mitad del siglo pasado. Pienso, claro, fundamentalmente en el peronismo y los movimientos nacional-populares. Pues en ellos se encontraba y neutralizaba *in nuce* el virus fascista que proliferaba abiertamente en Europa y también tras la mascarada (neo)liberal norteamericana que supimos padecer de manera recurrente. Porque, como supo formular Perón en La comunidad organizada, el problema mayor era cómo no caer en el chantaje de la polarización entre el individualismo acérrimo del capitalismo y la “insectificación” de los sujetos que proponía el totalitarismo, plantear así una “tercera posición” en cierta forma autónoma al juego de fuerzas imperante. Una suerte de transindividualidad virtuosa se insinuaba así, ligada a la promoción de los afectos alegres y a todo aquello que aumentara la potencia de obrar: el único remedio ante la vida fascista basada en el odio y el resentimiento (las “alegrías del odio”).

A continuación, transcribo el célebre escrito de Foucault, y luego propongo la modulación latinoamericana de cada uno de estos preceptos.

El Anti-Edipo es una Introducción a la Vida No-Fascista.

Este arte de vivir contra toda forma de fascismo, ya sea actual o inminente, conlleva cierto número de principios esenciales que sintetizaría de la siguiente manera si fuera a hacer de este gran libro un manual o guía para la vida cotidiana:

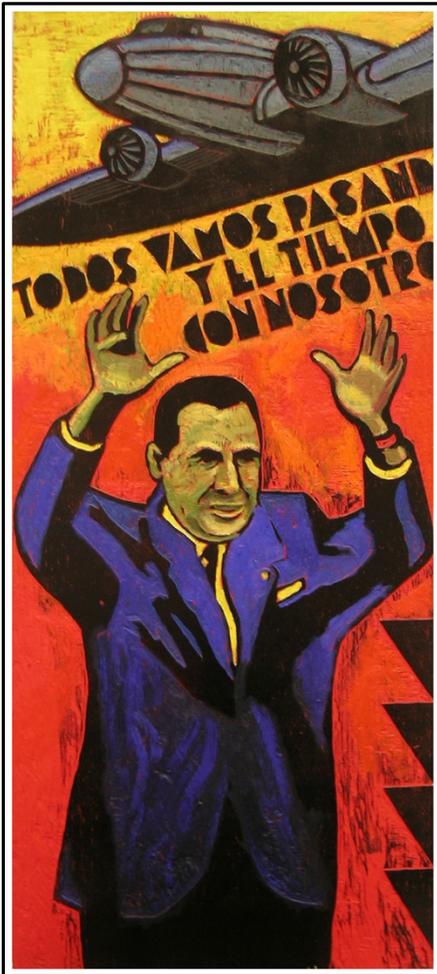
- *Libera la acción política de toda paranoia unitarista y totalizante.*
- *Desarrolla la acción, el pensamiento y los deseos por proliferación, yuxtaposición y disyunción, y no por subdivisión y jerarquización piramidal.*
- *Deja de creer en las viejas categorías de lo Negativo (ley, límite, castración, falta, carencia), que el pensamiento occidental sacralizó durante tanto tiempo como una forma del poder y un acceso a la realidad. Prefiere lo que es positivo y múltiple, diferencia en vez de uniformidad, flujos en vez de unidades, arreglos móviles en vez de sistemas. Cree que lo que es productivo no es sedentario sino nómade.*
- *No pienses que uno tiene que estar triste para ser militante, incluso si aquello contra lo que uno está luchando es abominable. Es la conexión del deseo con la realidad (y no su retirada hacia formas de representación) lo que posee fuerza revolucionaria.*
- *No utilices el pensamiento para fundamentar una práctica política en La Verdad; ni utilices la acción política para desacreditar, como mera especulación, una línea de pensamiento. Utiliza la práctica política como un intensificador del pensamiento, y el análisis como multiplicador de las formas y dominios para la intervención de la acción política.*
- *No le demandes a la política que restituya los “derechos” del individuo, tal como los ha definido la filosofía. El individuo es producto del poder. Lo que hace falta es “des-individualizar” por medio de la multiplicación y el desplazamiento, combinaciones diversas. El grupo no debe ser un lazo orgánico que una individuos jerarquizados, sino un constante generador de des-individualización.*
- *No te enamores del poder.*

Van entonces mis puntualizaciones y modulaciones latinoamericanas.

1. En primer lugar, que la acción política sea liberada de la necesaria subsunción a la lógica totalizante de lo Uno, me parece lo más deseable; pero, igualmente, hay una alternativa a la dicotomía entre proliferación-dispersión-yuxtaposición, por un lado, y estructuración jerárquica-piramidal-estratificada, por el otro; dicha alternativa la señala la lógica del anudamiento borromeo o el trenzado, vía la alternancia posicional y solidaria de los términos en juego. Es lo que he llamado nodaléctica o nodalogía, que se diferencia tanto de la estructura piramidal y de las esferas autocontenidas, como también del rizoma y los flujos deseantes. Entre la rigidez y la fluidez, hay modos de ordenamiento que pueden alternar las disposiciones lógicas y afectivas.

2. En segundo lugar, la oposición entre lo negativo y lo positivo, entre la uniformidad y la diferencia, los arreglos móviles en lugar de los sistemas, lo nómade en lugar de lo sedentario,

etc. Otra vez allí se hace necesario mostrar que la negatividad inherente, incluso la pulsión de muerte, puede y debe ser anudada a la pulsión de vida y el deseo de autoconservación, y no simplemente denegada o rechazada de plano; porque de no ser así, ésta retorna de manera sintomática produciendo aún más daño o impotencia. Eso nos permite pensar la nodaléctica entre el movimiento y el reposo, el corte y el recomienzo, el pasaje por arriba y por debajo de los términos en juego, contingentes y variables: las diferencias irreductibles que encuentran un modo singular de anudarse, aunque siempre siguiendo el orden del trenzado solidario. Podemos pensar sistemáticamente sin erigir sistemas inconvencionales. Para ello, como dirán los mismos Deleuze y Guattari en *¿Qué es la filosofía?*, es necesario cambiar la noción de sistema (igualmente Foucault en *¿Qué es la Ilustración?*, donde explicita la “sistematicidad” de sus investigaciones micropolíticas).



Eduardo Iglesias Brickles,
Especulaciones sobre el paso del tiempo (2008)

3. En tercer lugar, la cuestión de los afectos. Claro que no es necesario estar triste para ser militante. Casi diríamos que hoy pensamos todo lo contrario. Pero no por ello hay que caer en el patetismo de la alegría obligatoria. También es necesaria la templanza en los afectos, poder transitar procesos de duelo, no autoflagelarse con la culpa sino admitir ciertos pasajes afectivos, etc. Sobre todo, tener en cuenta que el conocer la causa de lo que nos entristece ya produce un afecto alegre, y considerar la propia potencia de obrar resulta fundamental para sostener la alegría. El deseo conecta con lo real que nos excede, pero no lo hace de manera simple y directa: hay que saber hacer ciertos anudamientos cruciales.

4. En cuarto lugar, la verdad no es dogmática ni desestima otras líneas de pensamiento; la verdad es genérica y toca la potencia en su infinitud inmanente; no excluye nada ni a nadie. En ese mismo sentido, es necesario entender que la política es un pensamiento, una verdad singular-genérica que no excluye ni se subordina a otros pensamientos, ni siquiera a la práctica filosófica que propone composiciones entre ellos. De allí que la sistematicidad propiciada por la filosofía cobre otro valor, sea móvil, flexible y rigurosa; invente conceptos, planos de inmanencia y

nudos singulares. Exceder la lógica de los derechos hacia los mecanismos de poder y sus modos de subversión no implica rechazar el lazo orgánico ni promover solo la des-individualización; conviene más bien pensar en procesos de transindividuación donde se muestren otros modos no jerárquicos de hacer lazo y sostener las singularidades en su irreductibilidad, incluso haciendo uso de los derechos adquiridos y otros dispositivos (p. e., tecnologías).

5. Por último, aclararía “no te enamores del poder... de manera idealista”, practica más bien una erótica del poder y del saber que remitan al cuidado de sí, cultiva un ethos relacional que muestre la afectividad variable de los dispositivos y no su desafectación lisa y llana (la importancia de los afectos y transferencias en la política). Es que la alegría no puede ser un mandato o un fin, la alegría surge de cierta composición virtuosa y no podemos negar que hay momentos de descomposición y recomposición donde los afectos mutan, el asunto es ser realistas y acompañar esos procesos, no hipostasiar los modos singulares con un deber ser.

Roque Farrán, Córdoba, 29 de octubre de 2021